

LUIS BOLÍVAR TROYA

TRAS EL FUEGO
las
CENIZAS

ediciones**carena**

LUIS BOLÍVAR TROYA

TRAS EL FUEGO LAS CENIZAS

LOS LAZOS INVISIBLES

SEGUNDA PARTE

Primera edición: febrero de 2023

© Luis Bolívar Troya, 2023

© Ediciones Carena, 2023

Ediciones Carena

c/Alpens, 31-33

08014 Barcelona

T. 934 310 283

info@edicionscarena.com

WWW.EDICIONESCARENA.COM

Diseño de la cubierta: Sandra Jiménez

Coordinación: Adrián Vico

Corrección y maquetación: Yohannia Pérez

Depósito legal B 3693-2023

ISBN 978-84-19136-73-2

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se puede reproducir ninguna parte de este libro, ni almacenar en cualquier sistema de reproducción, ni transmitir de ninguna forma ni bajo ningún concepto, mecánicamente, en fotocopias, en grabación o de ninguna otra manera, sin el permiso del propietario o propietaria de los derechos de autor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La libertad nunca es dada; se gana

PHILIP RANDOLPH (1889 – 1979)

DRAMATIS PERSONAE

- Carles Gil.* Protagonista. Capitán republicano.
Ernesto Delgado. Capitán del ejército franquista. Policía de Valladolid.
Dolors Queralt. Esposa de Carles Gil.
Anna Ferré. Madre de Carles.
Enric Queralt. Hermano de Dolors.
Elvira. Esposa de Enric.
Hamed. Conductor y compañero de Carles y Ernesto.
Helena Seguí. Novia de Ernesto.
Guillermo Seguí. Hijo de Helena.
Lena Vallés. Novia de Guillermo.
Toni Vallés. Padre de Lena.
Josep Viñas. Sindicalista asesinado.
Sara Castells. Amiga de Helena.
Rick Wallace. Escocés. Espía y amigo de Carles.
Gonzalo: Policía. Pertenece al SIPM.
Marco Venacio. Policía que forma parte de la brigada.
Florencio López. Médico forense del Hospital Sant Pau.
Percha. Confidente de Carles. Se desconoce su nombre.
Mercurio. Confidente de Carles.
Robert Estrach. Antiguo dueño del Delfín de oro.

Juan Fonseca. Profesor universitario, especialista en lenguas muertas.

Jorge Deleune. Policía republicano.

August García. Médico del Hospital Clínic.

Josep Santaló. Gran empresario barcelonés. Padre de Helena

Joan Foix. Médico traumatólogo del Hospital Clínic durante la guerra.

Antoni Fuguet. Antiguo empresario.

Ana Fuguet. Hija de Antoni Fuguet, antiguo propietario del palacio de hiedra.

Samuel. Monje que permanece escondido en el palacio de hiedra.

Mauri. Conductor de camión y vecino de Lena.

Alex. Espía inglés, amigo de Guillermo.

Soto. Trabajador de la serrería.

Mario. Trabajador de la serrería, amigo de Guillermo.

Francisco Solana. Empresario barcelonés que hizo fortuna en la construcción.

Fazio. Tatuador italiano.

Litus. Espía italiano. Usa diferentes nombres.

León Cortaza. Delincuente, asesino de Segundo Marimón.

Tobías. Delincuente de la banda de León.

Francesc Palau. Delincuente de la banda de León.

Tarso. Delincuente de la banda de León.

Valeri. Trabajaba en un taller mecánico. Asesinado en enero de 1939.

Josep Vintaló. Dueño del taller.

Vicente Santos. Dueño de la masía de la Trinidad.

Arnau Massip. Amigo de Valeri.

Aaron Boix. Contrabandista. Realizaba extraperlo.

Manuel Boix. Contrabandista. Hermano de Aaron.

Blai. Compañero de Manuel Boix. Le apodan el Seisededos.

Dídac García. Compañero de Jorge Deleune.

Asesino del estilete. Asesino del cual se desconoce el nombre, tan solo el arma que utiliza.

EN EL ALMACÉN

Enero, 1939

Aquel monótono sonido, como el suave ronroneo de un gato, se repetía incansable. Ella sabía a qué era debido. Lo había padecido durante los tres últimos años, pero hasta ese momento siempre se había librado del peligro. Los aviones alemanes se acercaban y, con ellos, la muerte y destrucción de una población que había resistido con firmeza y coraje los bombardeos continuos. Pero en aquel instante todo era diferente. El frente se había venido abajo y las tropas franquistas avanzaban sin recibir apenas oposición. Era cuestión de días que entraran en Barcelona.

Le parecía increíble que una cosa que la había tenido tan preocupada anteriormente ya hubiera perdido sentido. Toda su atención estaba en otra parte.

Un pequeño ruido la alertó y su corazón dio un vuelco. Sabía que él estaba allí, en alguna parte, esperando para cazarla. Lo sospechaba. Su intuición le decía que ni Gabriel ni Ernest habían podido eliminarlo. De otra manera, ella lo habría percibido. Sin duda se arrepentía de haber hecho caso a Simón. Esta situación la podía haber evitado.

El sordo rumor de los aviones permanecía en el aire. Ella podía notarlo, de la misma manera que sentía como su corazón, desbocado, parecía salirse del pecho. Lo propiciaba el silencio

absoluto que reinaba en el almacén de la dársena del puerto de Barcelona. El comienzo de un ataque de ansiedad amenazaba con adueñarse de su organismo. Debía reprimirlo, sabía que debía hacerlo. No tenía otra opción si quería salir con vida. Si se dejaba dominar por el pánico seguramente cometería algún error y eso era lo que él debía estar esperando. Su mano se deslizó dentro del bolsillo del abrigo verde y tocó la Biblia, aquel libro de tapas plateadas que se había llevado sin darse cuenta. Ello contribuyó a tranquilizarla.

Poco a poco fue desplazándose en la oscuridad del almacén. Intentó no hacer ruido. Hacía ya bastante rato que no se oía nada. La nave era grande y al fondo, tras los ventanales, podía observar la oscuridad de la noche.

Ya se oían los aviones más próximos. Pronto dejarían caer su mortífera carga y ella no dudaba que los almacenes del puerto serían uno de los objetivos perseguidos. El puerto, sus edificios y los barrios costeros habían sido bombardeados una y otra vez sin importar los daños recibidos por la población civil. Muchos se habían visto obligados a trasladarse a otras zonas consideradas más seguras para no morir por la metralla o aplastados bajo el peso de los edificios al desplomarse.

Debía salir, marcharse; aquel edificio podía convertirse en una mortal trampa. Se movía sigilosamente, con la sensación de que el ruido de sus pasos resonaba y se multiplicaba de forma exponencial por la sala. Seguía sin oír al extraño, pero intuía que estaba acechando en la oscuridad del almacén.

Notaba como la ansiedad volvía a hacer acto de presencia. Le pareció oír un ruido cerca de donde se encontraba. No sabía discernir con claridad a qué era debido. La angustia hizo acto de presencia y comenzó a desplazarse más rápidamente.

Atravesó el vano de una puerta que daba a un largo pasillo. Allí era más fácil ser descubierta. Comenzó a caminar de manera

rápida y silenciosa. Un sonido, como el golpear entre dos metales, hizo que el corazón se le saliera prácticamente del pecho. Comenzó a correr. Ahora no tenía duda: sus compañeros no habían podido con aquel individuo. Entró en una habitación que debía ser un despacho. Abrió una puerta y salió a otro pasillo.

Unos fuertes sonidos llegaron desde el exterior. Sirenas, campanas y disparos, que contribuyeron a amortiguar el ruido que había hecho ella. No tenía certeza si el extraño sabría dónde estaba. Era consciente de que su salvación pasaba por encontrar la salida de aquel maquiavélico laberinto.

De repente, otro golpe.

Era como el resonar de dos metales que chocaban. «Probablemente un cuchillo», pensó atemorizada. Cogió la Biblia con las dos manos mientras intentaba rezar una oración en silencio. Entró en otra sala y cayó al suelo. Un bulto le había hecho perder el equilibrio. No sabía qué era, aunque una vaga certidumbre se abría paso hasta su conciencia. Su corazón también lo había intuido y comenzó a latir aceleradamente. Las primeras bombas comenzaron a caer en el puerto y, ante la efectista iluminación, pudo ver que el cuerpo de Ernest había sido el causante de su caída. Se hallaba tirado en el suelo y un gran corte le atravesaba el cuello de oreja a oreja. Un sollozo se escapó de su garganta, aunque pudo reprimir el grito, que la hubiera delatado sin ninguna duda.

Cogió la Biblia y la volvió a guardar en el bolsillo de la chaqueta. No sabía por qué, pero aquel libro era lo único que contribuía a tranquilizarla. En aquel instante ya sabía lo que le esperaba si aquel hombre la encontraba. Lo había intuido desde el momento en que lo descubrió. Sabía que en él solo anidaba maldad, una maldad que venía acompañada de odio. Lo había percibido como si fuera el aroma de una planta esparcida por el aire. Y así se lo había dicho a Simón. Lo que no sabía era que ella acabaría pagando por su generosidad.

Un fuerte golpe la lanzó al suelo. Una lluvia de cristales y una llamarada se abrían paso por el almacén. Una bomba había caído en el edificio y la fuerte onda expansiva la había hecho volar varios metros hasta caer sobre el cuerpo de Ernest quien, con una mirada perdida, todavía parecía querer defenderla. Sabía que eso era imposible pues él estaba muerto. Ya se hallaba lejos de todo aquello por lo que había luchado y por lo que había vivido, y ella lo estaría pronto si no salía de allí.

Se levantó. Tenía la espalda dolorida. Su cuerpo estaba cubierto de cristales y polvo. Se tocó la cara y las manos se tornaron rojizas. Estaba sangrando. Decidió ignorar el dolor y salir de allí. Con un poco de suerte la bomba habría acabado con su perseguidor.

Siguió atravesando puertas y habitaciones. La perseguía el fuego y una intensa humareda le dificultaba la visión. Moriría abrasada si no podía salir de allí. Ante ella, se encontró una puerta cerrada con una madera atravesada. Tendría que quitarla si no quería volver atrás. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero apenas la movió unos centímetros. Se veía obligada a desistir. Los ojos le lloraban por el humo. Comenzó a toser.

De repente, un ruido a sus espaldas.

Otra vez el sonido de metales..., esta vez más cerca. El asesino se acercaba y ella estaba atrapada. Intentó levantar la madera que obstruía la puerta con la fuerza que da la desesperación, pero fue inútil. La traviesa apenas se movió. Miró a su alrededor y vio una barra en el suelo. Rápidamente pensó que podía utilizarla para su propósito. La cogió y pudo introducirla entre la puerta y la madera a modo de palanca. Aplicando toda la fuerza que pudo, consiguió mover la madera y la desplazó lo suficiente para que dejara de ser un obstáculo.

Abrió un poco la puerta y pudo pasar a otra sala. ¡Aquello era un maldito laberinto! Intentaba huir del fuego y del hombre, un hombre que la había seguido como una sombra. Salió a un pasillo.

¿Ya había pasado por allí? Lo ignoraba. El humo le provocaba engañosas percepciones.

Varias bombas cayeron cerca del edificio provocando un sonido ensordecedor. El suelo tembló. Apenas pudo agarrarse a un asidero que había en la pared. Ello impidió que volviera a caer. Tosió. No pudo evitarlo pues el humo era cada vez más espeso e impenetrable.

Corrió intentando rezar una oración, pero no lograba recordar ninguna. El miedo la bloqueaba. Sus manos aferraban la Biblia con fuerza. En ella encontraba el valor necesario para intentar salir de allí. Se encontraba totalmente desorientada. Después de tantas salas y pasillos ignoraba dónde podía encontrarse su perseguidor. Se giró, pero solo vio el muro formado por la densa humareda.

En la penumbra pudo entrever una puerta. ¡La recordaba! ¡Había pasado por allí! Pudo vislumbrar la primera oportunidad de escapar de aquel laberinto.

Corrió hacia la salida, pero su carrera se vio bruscamente interrumpida por un duro golpe en el estómago. En un primer momento no alcanzó a comprender qué había pasado. Una sombra apareció entre el humo y pudo ver la cara de aquel que la había perseguido: una cara de perversa satisfacción que se transformó en otra de sorpresa. Ella sabía por qué, sabía que no era quien esperaba.

De repente, un agudo dolor le hizo mirar hacia abajo. El golpe que había notado correspondía a un cuchillo que le había agujereado el vientre. La vista se le nubló y le fallaron todas las fuerzas. Todavía pudo notar como el individuo desplazaba el arma desgarrando su cuerpo hasta llegar al corazón. Apenas tuvo tiempo de notar el dolor. Se desvaneció, perdió todas sus fuerzas y cayó al suelo. La Biblia que sostenía se le escapó de las manos.

Mientras el asesino se marchaba exclamando maldiciones, el cuerpo sin vida de la muchacha quedó tendido como un saco abandonado. Un reguero de sangre se deslizó por el suelo de la habitación y se dirigió hacia el fuego que amenazaba con devorarlo todo a su paso.

MUNTANYOLA

Enero, 1940

Los hachazos resonaban de manera contundente en la fría mañana, unos golpes rítmicos y sordos, ajenos a la quietud del paisaje. Los ruidos propios de la naturaleza se habían silenciado ante aquellos continuos chasquidos. A pesar de ello, un atrevido petirrojo, conocedor de los hábitos de algunos humanos de la zona, no solo no se escondió, sino que se acercó hasta los árboles próximos a la granja para observar la escena con curiosidad. Desde allí emitió su gorjeo particular, muy parecido al del ruiseñor. A partir de aquel momento, como si de una orquesta se tratara, otros sonidos procedentes de otras tantas aves acompañaron a aquel primer solista.

Carles sonreía ante la curiosa sinfonía que le asistía de manera diaria en su ruda tarea. Se hallaba en la granja de Muntanyola, propiedad de su cuñado y lugar donde había nacido Dolors. Partía la leña necesaria para el fuego del hogar. Un trabajo duro, pero el republicano lo hacía con gusto. Toda su atención estaba concentrada en el punto donde debía dar el golpe. Y tras un golpe, llegaba el siguiente, y el siguiente... Para él representaba un escape de sus pensamientos y emociones. En el tiempo que llevaba allí ya había partido más leña de la que necesitaban en todo el invierno.

Llevaba una camiseta sin mangas a pesar del frío que hacía a aquella hora de la mañana. Tres grados sobre cero era la temperatura del momento. Durante la noche había helado, convirtiendo algunas partes del suelo en placas resbaladizas que había que evitar.

Sin embargo, el duro trabajo no impedía que su mente divagara hacia territorios ya recorridos una y cien veces. Recordó los incidentes de Reus y la sucesión de acontecimientos que le permitieron descubrir el destino de su padre. Su mente voló hacia aquel día de noviembre en que recibió una visita inesperada: Clara Enríquez había aparecido ante su puerta con un paquete. En él se hallaban otros diarios de Martí donde se narraban sus peripecias en África y su vida posterior. Su padre formaba parte del paisaje y de los hechos referidos.

—Pensé que esto le interesaría. Los encontré y creo que a usted les resultará de mayor utilidad.

Carles la observó: su cuerpo parecía haberse hecho más pequeño todavía. Mostraba una palidez y fragilidad aún mayor. La tristeza de su mirada había sido el elemento que le permitió identificarla de manera más rápida. Sin preguntarle cómo había encontrado su vivienda, la hizo pasar, ajeno a la desolación y abandono que expresaba el apartamento.

Hojeó los diarios con ansiedad llegando a olvidar por un momento a la visitante. Esta, un tanto incómoda le dijo:

—Creo que he de irme.

—Perdone. ¿Le apetece un café? Bueno, en realidad, solo tengo achicoria.

Y así, ante una taza humeante, Carles la puso al día del fin de Martí Salvat. Se preguntaba si no era una excusa lo que traía a Clara a su casa para saber algo más de aquella noticia que había sido publicada en el diario.

—Tengo que agradecerle que no dijera nada de nosotros.

—No tiene que preocuparse. Creo que Martí tampoco lo hubiese querido. Es mejor para todos que la historia acabe en Eduardo. Tengo la impresión de que incluso el ejército también lo prefiere así: un loco asesino solitario. Cuando Clara hubo partido, Carles pudo dedicarse a revisar el material aportado. Los diarios de Martí le habían podido dar una visión del progenitor más cercana y realista. A menudo, había sentido como suyo la desesperación y el dolor que se reflejaba en ellos. Un profundo dolor que le llegaba a las entrañas. Sentía como si le hubieran arrebatado la posibilidad de disfrutar de la compañía de su padre. Y algo más: también le habían desposeído de la imagen de su ascendiente. En su imaginación se había forjado un concepto de su persona que en nada se correspondía a la realidad.

Siguió golpeando de manera rítmica los troncos. No quería que los pensamientos le distrajeran de su principal ocupación en aquel momento. Pero por mucho que lo intentaba, nada podía hacer por evitarlos. A su mente le vinieron todos los intentos que había realizado en la búsqueda de su madre. Todo había sido inútil. Diríase que una sutil niebla había borrado sus pasos de tal manera que se hacía imposible saber algo de ella. La guerra había pasado como un ciclón y había arrasado con todo lo que se presentaba a su paso.

A continuación, como en una inevitable procesión, se le apareció el rostro de Dolors. Pronto se cumpliría un año de su fallecimiento en la dársena del puerto de Barcelona. Lo sabía, y la persistencia de su imagen y de los recuerdos le afectaban de manera muy sentida. Intentaba estar ocupado para no pensar en ella. A pesar del tiempo transcurrido, la congoja lo oprimía y lo angustiaba. Revivía sin cesar aquellos momentos que habían compartido. Intentaba recordar las palabras de Josefa, la madre de Lucía, imaginando la posibilidad de haber tenido un niño y formar una familia.

Era consciente de que aquella imagen tenía visos de ser una fantasía y, a medida que pasaba el tiempo, las predicciones de Josefa se habían convertido en un murmullo suave que arrastraba el viento. Sin embargo, el rostro de Dolors se le aparecía reflejado en cualquier objeto, llegando a convertirse en una obsesión. A finales de diciembre decidió cortar con esa situación y aprovechó la invitación que le había hecho su cuñado Enric de pasar unos días en la granja de Muntanyola, para cambiar de aires y de estado de ánimo.

Enric, lo observaba desde la ventana. Como cada día, Carles estaba en pie desde las seis de la mañana. Tenía un sueño ligero fruto del tiempo pasado en el ejército y en las prisiones. Alguna vez lo había oído gritar en sueños. La guerra había pasado su factura y en esa granja habían pagado con intereses.

Sabía que Carles no paraba de pensar en Dolors y este hecho lo tenía desconsolado, aunque no lo manifestara en sus conversaciones. Pensó que, de la misma manera que los penitentes se golpeaban en la espalda en Semana Santa, su cuñado se exigía un sobreesfuerzo como método de expiación de unas culpas que no le correspondían.

Observó la espalda de su pariente. Era alto y delgado, pero se le apreciaba fuerte y nervudo. El ejercicio físico le sentaba bien. Ya no era aquel sujeto demacrado, pálido y macilento que conociera meses antes, cuando se hallaba en el Pere Mata. Una alimentación regular y la actividad física lo habían cambiado. Sin embargo, su carácter no había mejorado. Al contrario, se había vuelto más taciturno. «Los fantasmas le visitaban a menudo», pensó. Unos fantasmas que le impedían rehacer su vida. Enric, conocedor del carácter de Carles, sabía que, una vez resuelto el caso de los asesinatos de los capitanes, a su cuñado no le había quedado otra que enfrentarse a la realidad de su rutina y esta estaba gobernada por un gran vacío, solo habitado por seres que ya no estaban presentes.

A veces lo había sorprendido con la mirada perdida en el vacío, acariciando la Biblia del abuelo Joan, aquel libro cuyas tapas habían renovado y que, a la postre, había salvado la vida de su cuñado, parando la bala que estaba destinada a su corazón. En aquellos breves instantes descubría a un Carles aún más ausente si cabía, perdido en unos pensamientos que nunca compartía. Aunque podía imaginar cual era la causa, nunca sabía por qué oscuros parajes caminaba su mente.

Advirtió que los golpes eran más reiterados y más intensos. Imaginó que se hallaba destrozando a algún imaginario enemigo, probablemente alguno de los causantes de sus múltiples desdichas. Finalmente vio como la herramienta era arrojada con dejadez junto a la pila de troncos y el leñador se adentraba en la espesa niebla.

—¿Qué quieres decir con que te vas?

—¡Verás! —contestó el policía— Lo he pensado bastante y creo que ha llegado la hora de irme. No puedo dejar de pensar en mi madre. No he conseguido saber qué le ha pasado. He de volver a preguntar, volver a investigar. Enric no quería desanimar a su cuñado, pero sabía que el hecho de no disponer de noticias, después de tanto tiempo, resultaba en sí una mala noticia. Muchos cadáveres yacían enterrados sin haber estado identificados. De alguna manera, el nuevo gobierno quería pasar un tupido velo sobre aquellas muertes fruto de la guerra o de «asesinatos legales». Nadie decía nada sobre los cadáveres de los perdedores. Era como si nunca hubieran existido.

La decisión de Carles era irrevocable y poco después, tras las despedidas de rigor, toda la familia asistía a la partida de aquel antiguo capitán del ejército republicano. Una sencilla bolsa

cruzada con algo de ropa y comida constituía todo su equipaje. Su rastro se perdió en el camino cuando la niebla lo envolvió. Diríase que nunca había estado allí. Tan solo un recuerdo en la mente de los granjeros quedaba como único testimonio de su presencia.

RECUERDOS

Enero, 1940

...Y es por eso que, aun sabiendo que no querrás escuchar de mí me he atrevido a escribirte. La desesperación me obliga a ello.

HELENA

Ernesto acabó de leer la carta. Prácticamente se la sabía de memoria pues ya la había leído cientos de veces. Sus pliegues daban fe de ello. La dejó sobre la mesita de la habitación y se estiró sobre el camastro. Se limpió los ojos con el dorso de la mano, allí donde algunas lágrimas furtivas se los habían humedecido. Unas manchas en el techo del dormitorio concentraron su atención. Había pasado horas observándolas mientras recordaba todos los pasos dados para conseguir su objetivo.

Una vez resuelto el crimen de los capitanes había sido retenido en Capitanía para realizar diversos informes y trabajo puramente burocrático. Apenas había tenido tiempo de contactar con Carles. La faena diaria y las formalidades propias de la vida militar le absorbían el tiempo y la energía por lo que había decidido buscar una habitación independiente del entorno militar. La había encontrado en la calle Hospital, cerca del barrio chino, un lugar donde por poco dinero tenías derecho a una habitación destartada, con

un jergón viejo como gran atractivo y con escaso mobiliario añadido: apenas una mesita de noche y una mesa coja que hacía las veces de escritorio. Un armario ajustado completaba el moblaje. La escasez de espacio no era inconveniente para Ernesto, acostumbrado a la sobriedad propia de la vida castrense.

Una estrecha ventana proporcionaba una luz que se repartía generosamente por el pequeño espacio y proporcionaba una sensación de mayor amplitud y libertad a aquella austera celda. Desde allí pasaba horas observando cómo se desarrollaba la vida en aquellas calles. Los comerciantes, los paseantes, los rateros, los padres de familia y otra variada «fauna» paseaban y se relacionaban en un mundo que, a Ernesto, a menudo se le antojaba extraño y difícil de entender. Sus pautas de actuación habían estado regidas por normas disciplinarias que determinaban y marcaban el camino a seguir. La aleatoriedad y las relaciones improvisadas no formaban parte de su proceder.

«...La desesperación me obliga a ello».

Sus pensamientos volvieron sobre la carta. ¡Qué sola debió sentirse Helena! Ni siquiera un insulto o un reproche se dejaban entrever en el escrito. Ahora se hacía necesario saber qué había pasado e intentar conocer los acontecimientos que habían tenido lugar, en la medida de lo posible. Él se sentía responsable de ello y estaba dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos.

Recordó la primera vez que la había visto. Había sido en las proximidades de aquella calle. Él estaba realizando el servicio militar en Barcelona, un destino cómodo, teniendo en cuenta la posibilidad de destinación en África, un territorio siempre en constante inestabilidad. Era un viernes de agosto y el calor venía acompañado de mucha humedad. Aquel clima le producía una cierta añoranza de su tierra natal, Valladolid, donde los veranos eran calurosos, pero mucho más secos. José, un alicantino alto y espigado le había propuesto dar un paseo para

poder ver las atarazanas del puerto, unos edificios con gran carga histórica. José era una rata de biblioteca, estudiaba ingeniería y sentía una especial atracción por la historia marítima de España. A su edad ya reconocía haber trazado los mapas y planos de dieciocho puertos españoles. Junto a ellos, la historia de cada uno con los hechos más significativos, y así completaba una curiosa colección que solo parecía interesarle a él.

—¿Sabías que las atarazanas originales eran del siglo XIII, que estaban rodeadas por una muralla y que en su patio central cabían hasta dieciséis galeras?

Evidentemente Ernesto no lo sabía, pero le daba cierto apuro decirle a José que tampoco le interesaba mucho aquella historia. Lo veía muy ilusionado ante la manifestación del alcance de sus propios conocimientos. Por otro lado, el alicantino sabía ser buen compañero de fiestas cuando la ocasión lo requería y eso era algo que jugaba a su favor. Su entusiasmo en aquellos momentos era desbordante y sorprendía a quienes solo lo conocían por su faceta de colegial aventajado de curso superior.

Tras la visita al recinto, siguieron paseando por aquellas calles en dirección a la Rambla de Barcelona. José seguía explicando anécdotas propias del puerto que su compañero apenas escuchaba.

— ¡Chico! Pareces despistado.

Realmente, Ernesto había perdido el hilo de la explicación. Unos grandes goterones comenzaban a caer presagiando una de las tormentas típicas de verano.

—Me parece que ahora toca correr.

Corrieron por aquellas calles mientras la lluvia caía con más fuerza dejándolos empapados. La visibilidad era muy reducida. La población, que hasta aquel momento había llenado las calles, había desaparecido como por arte de magia. Ernesto buscaba con cierta desesperación algún portal donde refugiarse. Finalmente, creyó ver uno con cierta capacidad protectora.

—¡Hacia allá! —le dijo a José señalando el lugar.

De un salto entraron en el portal, con tan mala suerte que el de Valladolid tropezó y cayó al suelo arrastrando consigo a una joven que allí se había refugiado. Tras la sorpresa inicial y el grito producido por la dama, esta le espetó:

—¡Por Dios! ¿Qué hace usted?

—Yo... Yo —intentó justificarse mientras su cara se ponía roja como un tomate.

Ello produjo cierta hilaridad en la señora, quien viendo el azoramiento causado comenzó a reír.

—Lo siento... No pretendía —Ernesto se levantó y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Es esta su manera de presentarse? —dijo ella fingiendo enojo mientras se arreglaba el vestido.

—La verdad es que no era mi intención.

—¿Y cuál era su intención? —sonreía ella sabiéndose dueña de la situación— ¿Has visto, Ana, las maneras de los hombres de hoy en día?

Entonces fue cuando Ernesto percibió la existencia de otra joven que había permanecido en un segundo plano. La embarazosa situación no le había permitido darse cuenta de su presencia. La risa de ambas mujeres distendió el ambiente. Los militares permanecieron en silencio forzando una sonrisa.

—¿Y ustedes no tienen nombre, caballeros?

Había preguntado la amiga de la accidentada: una chica morena, ataviada con un traje a la moda, un vestido de punto bastante elegante, adornado con lentejuelas. También vestía con gracia una falda que le llegaba hasta las rodillas, de color gris marengo y un sombrero cloché gris con franjas negras. Llevaba una fina chaqueta gris. Un collar con piezas de color azul turquesa rodeaba su cuello y le daba un punto de luz y elegancia a todo el conjunto.

Pero fue la otra, aquella con la que había tropezado, quien se llevó la admiración de Ernesto. La muchacha, de unos veinte años, también iba ataviada de manera similar. Llevaba un vestido blanco con el filo en azul. Lucía sobre su atuendo un pañuelo a cuadros, una chaqueta azul marino completaba el conjunto. Sin embargo, su precioso cabello pelirrojo y sus ojos, de un azul cristalino parecían un imán del cual el militar no se podía separar. Notando su azoramiento, la pelirroja le dijo:

—Sepa usted que aquí todos tenemos costumbre de usar nombre. El mío es Helena y el de mi amiga es Ana.

—Ernesto. Mi nombre es Ernesto y mi amigo se llama José.

Una vez hechas las presentaciones la lluvia pareció amainar. Decidieron salir de allí y dirigirse hacia la Rambla.

—Verá —dijo Helena cogiéndose del brazo de un Ernesto que se ruborizaba—, es mejor que vayamos juntos pues una chica aquí en estos barrios puede correr peligro.

—¿Y cómo es que estaban solas?

—Vinimos a visitar a una amiga, pero ahora nos habíamos perdido —respondió en una evidente mentira que el militar no quiso descubrir.

Aquellas palabras resonaron en la mente de Ernesto como si hubieran sido pronunciadas en aquel mismo instante. De ello hacía casi diecinueve años y aquella escena la había vivido en su mente una y mil veces. A veces le sorprendía recordar todos los detalles con aquella exactitud y precisión.

Intentaba sacar de su cabeza aquellos recuerdos. Resultaban demasiado duros para él. Otros pensamientos ocuparon su mente. Recordó los acontecimientos de Reus. Tras la resolución del caso tan solo había podido ver a Carles un par de veces, en situaciones en las que apenas habían tenido ocasión de hablar. Trataba de centrarse en aquello que lo había estado preocupando, pero sabía que era difícil.

Se asomó por la ventana y vio el hormigueo de gente que deambulaba con rapidez por la calle. Todos ellos iban bien abrigados para superar aquel frío invernal. No podía esperar más. Lo había intentado y no había avanzado en la investigación. Tenía que ver a Carles. Lo necesitaba. Por ello le había salvado la vida.

Cogió un abrigo y salió de la habitación.